

Esa cosa rara llamada academia. Análisis de un constructo social atípico

That rare thing called academy. Analysis of an atypical social construction

Bogar Escobar Hernández*

Universidad de Guadalajara - México

bescobar71@yahoo.com.mx

RESUMEN

El objetivo puntual del presente trabajo es delinear los principales rasgos que caracterizan a la labor de los miembros de la academia teniendo como eje de análisis su condición identitaria diferenciada y excéntrica respecto de las pautas de actividad habituales en el espacio societal. Siendo la esencia de dicha particularidad la aspiración a la exploración y transmisión del conocimiento en sus distintas vertientes. Una aspiración inusual en el marco de la prevalencia del interés económico como aspiración dominante en las diversas ocupaciones profesionales. De ahí que el grupo social de los académicos sea un caso prototípico de la diversidad de necesidades presentes en el ser humano, y consecuentemente, de las creaciones sociales con las que éstas se procuran satisfacer, razón última de los contrapuntos existenciales que se han verificado en el decurso de la civilización.

Palabras clave: academia, conocimiento, mundo de vida, originalidad, contrapunto.

ABSTRACT

The specific objective of the present work is to delineate the main features that characterize the work of the members of the academy, having as an axis of analysis their differentiated and eccentric identity condition with respect to the habitual patterns of activity in the societal space. Being the essence of this particularity the aspiration to the exploration and transmission of knowledge in its different aspects. An unusual aspiration in the framework of the prevalence of economic interest as a dominant aspiration in the various professional occupations. Hence, the social group of academics is a prototypical case of the diversity of needs present in the human being, and consequently, of the social creations with which they seek to satisfy, the ultimate reason for the existential counterpoints that have been verified in the course of civilization.

Keywords: academia, knowledge, world of life, originality, counterpoint.

* Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social por el Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social de Occidente. Maestro en Antropología Social por el Colegio de Michoacán.

Recibido: 13/01/2019 Aceptado: 17/05/2019

El itinerario propio

La organización social se encuentra conformada por una amplia diversidad de actividades profesionales instituidas según objetivos e intereses particulares. No obstante esa diversidad, todas ellas tienen en común la procuración de fines interesados orientados al acrecentamiento de haberes culturales, sociales o simbólicos, susceptibles de traducirse en bienes materiales y económicos. Todo ello, como una manifestación tangible, y por tanto, visible, de la importancia de quien o quienes poseen o usufructúan dichos haberes. El punto es que los sujetos participantes de esa aspiración tienden a presentar un efecto de homogenización que no permite la expresión y participación genuina, lo que vacía de contenido social y efectiva trascendencia al sujeto, grupo o institución que se encuentra en esa condición, lo cual, opera independientemente de que aparentemente se alcance un notable reconocimiento público o se adquiera un patrimonio económico cuantioso.

Por otro lado, hay ámbitos de actividad que se manejan dentro de otra lógica en tanto que tienen motivaciones distintas a las comunes. En ese caso se encuentran las asociaciones civiles o religiosas auténticamente directamente dirigidas a la beneficencia social por medio de la atención de las necesidades físicas, psíquicas o espirituales, de los sectores poblacionales que lo precisan. Pero también existe un segmento del espacio público que boga a contra corriente de la usanza común en términos aspiracionales. Se trata de la academia. Un gremio profesional enmarcado por la apropiación de un propósito que no tiene una conexión directa ni necesaria con la consecución de bienes monetarios, a saber, el de la exploración y trasmisión del conocimiento. Podría plantearse entonces que la academia se interesa por un bien superior en tanto que puede ser utilizado para promover el bienestar colectivo y no solamente el de un determinado sector de la población. Esa diferencia cualitativa define un perfil vocativo singular que está centrado en la premisa de la originalidad a partir de una forma de ser no imitativa desde la que se proyecta una voz con algo propio que decir (Taylor, 1994:64, 65).

La condición de *rara avis* de la academia respecto de su cometido social denota un elemento sumamente relevante del comportamiento humano, la diversidad de variantes presentes en el mismo. En ese sentido, el ámbito académico constituye una realidad confirmatoria de la pluralidad presente en el entramado social. Y eso es así porque en el caso de la labor académica, ésta se basa en una aspiración que resulta centrífuga al orden de cosas común y tiene un alcance histórico de largo aliento, dada la acumulación de conocimientos a través de la sucesión humana inter generacional. De ahí que si bien la profesión académica es representada durante una cierta temporalidad por la generación que habita la misma, ésta constituye solamente un pequeño componente de un proceso mucho mayor. El de un proceso integrado por la sucesión de todas las generaciones de académicos que han aspirado a trascender por medio de la superación de los límites de lo dado poniendo en acción la ilimitada potencialidad del ser humano (Torrance, 2006:10).

Al perseguir la trascendencia en los términos enunciados, el gremio de la academia se ubica en un horizonte de realización de orden intelectual y ético tendiente a la sublimación del acto humano, en el que lo más relevante no se ubica en lo que se tiene sino en el cómo se utiliza. Y en el caso de referencia, la posesión más importante de los académicos son los conocimientos, a condición de éstos no solamente se usen para el provecho particular sino primordialmente en función de un beneficio colectivo. Evidentemente, eso connota un acto altruista primordialmente enfocado a la atención del interés ajeno (Nagel, 2004:89). Algo ciertamente poco ordinario dado el predominio del interés egoísta, pero que sin embargo existe en el ser humano, dada la mencionada diversidad de los comportamientos que éste es capaz de desplegar.

Valorando las diferentes particularidades del constructo social denominado academia queda claro que el mismo constituye una manifestación del ser cuya infrecuencia en el espacio público guarda una relación directa con la independencia de su perspectiva y la autenticidad y valía de su vocación de servicio. Correlativamente, el origen de esa especificidad está plenamente vinculado y determinado por su esencia, dado que se trata de una esencia inquisitiva que hace de cada sujeto que la un inconforme respecto de las formas de vida estereotipadas. A partir de lo cual, no se conforma con atestiguar los sucesos que ocurren en su entorno o en su interior como sucede con la mayoría de la población, él quiere y necesita más que eso, se ve intensa e inevitablemente impelido a descubrir el porqué de lo que observa, palpa, degusta, huele, escucha, esto es, de toda la amplísima gama de información que le proporcionan sus sentidos. A entender porque el agua es incolora, insabora e inolora; porque el cielo es azulado; porque los objetos caen al suelo; porque existe vida; porque hay un crecimiento; porque existe muerte. Y una miríada de cuestionamientos más para los que no bastaría todo el espacio disponible en este escrito solamente para referirlos. Pero lo más relevante es que esa inmensa facultad inquisitiva no es una casualidad ya que es perfectamente congruente con el hecho de que la especie humana es la que se encuentra dotada con la mayor dotación cognitiva en el planeta (Sober y Sloan, 2000:298). De ahí el mayor nivel cultural y técnico de la civilización reflejado en la aceleración del ritmo de crecimiento de la población que recibe una preparación educativa -entre un 10 y un 15 por ciento anual- (Siguan, 1982:177).

En el orden de sucesos consignado, el mundo de la academia es el espacio social con el más grande requerimiento ético en términos de instrumentalizar el desarrollo del potencial humano habida cuenta que la raíz primera y última

de su quehacer es la exploración de todo lo cognoscible, y por tanto, su aportación nodal ha de ser la generación de la mayor diversidad de productos del intelecto. Esa premisa, colateralmente, implica que la labor académica es una forma de misión. Y como toda misión no se puede efectuar persiguiendo exclusivamente intereses personales narcisistas. El rumbo tiene que estar fijado por la alteridad a partir de la contribución de orden colectivo. Ninguna otra cosa justifica o le proporciona un sentido tan justificativo y eminente a la academia. Esa es la razón de fondo para que su objetivo exclusivo no pueda ser –aunque de hecho ocurra–, la obtención de bienes materiales o económicos, ya que su misión se encuentra en una posición cimera, la de la realización plena, aquella que solamente puede obtenerse mediante los actos auténticamente significativos y generosos, en donde el egoísmo no establece radicalmente su imperio. Un enfoque con el cual coincide la propuesta de la UNESCO, como ha sido ya resaltado por el estudioso del tema, Claudio Naranjo, en la medida en que en ella se promueve una perspectiva de lo educativo no reducida al simple aspecto económico sino tomando en cuenta otros aspectos relacionados con el desarrollo humano (2015: 266).

Tal tendría que ser el modelo que sirva de guía al hombre de academia imbuido del espíritu que debe animar corporativamente a su profesión y a él mismo. Solo así podrá evitar las fisuras en su vocación. Las inconsistencias en su contribución. Cada afortunado integrante de la academia que consigue ser congruente con su aspiración gremial tiene garantizada la consecución de su sentido de vida, una búsqueda presente en toda la historia del pensamiento contemporáneo ante la creciente sensación de que dicho sentido se ha perdido por la crisis ideológica y de valores en los que se ha fincado la denominada modernidad (García, 1989:32, 33). Y sin sentido, nada de lo realizado resulta realmente útil y conveniente.

Pero el alcance de un sentido vital por medio del trabajo académico está muy lejos de ser un logro sencillo. Para conseguirlo, ineludiblemente, debe haber una oposición consciente hacia la inercia conductual colectiva determinada por las predisposiciones e intereses dominantes. Un auténtico acto de originalidad que, precisamente por ello, demanda no poco denuedo y porfía. Además, socialmente no están dadas las mejores condiciones para la consecución de una educación integral y equilibrada. A continuación se empezarán a abordar las diferentes aristas implicadas en esa inquietante situación.

Privatización del conocimiento

Dentro del actual contexto global hay una mercantilización cada vez más creciente de todos los aspectos de la vida cotidiana, tales como la vivienda, el transporte, el vestido, la alimentación, el entretenimiento y el descanso, entre muchos otros. Infortunadamente, la academia no se encuentra al margen de esa dinámica. La misma se ha visto modificada, al menos en su vertiente institucional (considérese que no todo académico opera dentro de circuitos convencionales), por una creciente tendencia a la privatización de la educación mediante el encauzamiento de las políticas públicas hacia una mayor participación de la iniciativa privada. Dicha tendencia que se ha venido verificando alrededor de las últimas tres décadas ha sido considerada por el pedagogo Paulo Freyre prácticamente como “una enfermedad y un delirio” tendientes a quitar al Estado una de sus principales obligaciones al tiempo que se promueve una práctica educativa mercantilista (Citado por Belsasso y Fernández, 2012:49). En la cual se privilegia la formación por competencias como eje formativo resultado de una serie de reformas iniciada en la década de los noventa (Brunet y Altaba, 2010:244). Y cuya premisa rectora es el fomento de las capacidades productivas de utilidad práctica en el terreno laboral y el cobro de los diferentes servicios educativos. Lo que pone a los recintos académicos más en la órbita del mercado que del servicio del crecimiento humano en sentido amplio.

La referida reorientación de la práctica educativa deja entrever que la misma se encuentra determinada, en última instancia, por las pretensiones de los grupos sociales dominantes que ocupan posiciones privilegiadas en el actual orden social orbitante en torno al sistema capitalista. Grupos que procuran utilizar cualquier elemento para promoverse y fortalecerse. Incluido un constructo social originalmente determinado por la búsqueda y trasmisión del conocimiento como lo es la academia, lo que la convierte en un agente estratégico para el futuro de lo educativo. Siendo el cariz más preocupante de dicho sesgo privatizador el privilegiamiento del beneficio de lo particular por sobre el interés colectivo. De lo que se sigue que los sectores poblacionales que no se ajustan a los criterios capitalistas quedan automáticamente minimizados o descartados como elementos pertinentes dentro de un esquema que termina por reducir la existencia a la materia y al consumo.

En donde el enclaustramiento del conocimiento dentro de determinados cartabones, es una forma de homogenización inducida verticalmente que por lo mismo constituye una forma de negación del otro, del que no se ajusta a lo elitistamente impuesto como aceptable y correcto. Además, incide en una reducción del universo cognitivo que es explorado por el ser humano puesto que no todo conocimiento tiene que traducirse precisamente en un producto comercializable. Aún más, desde dicha perspectiva el conocimiento en sí mismo no tiene un valor monetario. En el entendido de que su esencia y su acción se palpan primordialmente en el desarrollo de la conciencia por medio del acrecentamiento de la capacidad de interpretación de la realidad. Por tanto, el condicionamiento productivista

como base de la actual oferta educativa no tiene nada de consustancial respecto al proceso de discernimiento humano. Sino que se trata de un acto marcadamente inducido.

Derivativamente, la restricción en el acceso a la instrucción puede ser entendida como un nuevo “racismo cultural” (van Dijk, 2003:218), ya que de hecho se trata de una forma de diferenciación, de rotura del mosaico social a partir del establecimiento artificioso de grupos favorecidos y desfavorecidos. Cuya asignación en uno u otro grupo está siendo definida, en buena medida, a partir de lo educativo. En ese sentido, la instrucción institucionalizada realizada mediante la labor académica tiene la facultad de desempeñar un rol decisivo. Si su participación cede finalmente a las demandas de la inclinación privatizadora, lo estará haciendo a contra natura ya que para ello tendrá que trastocar su condición esencial. Porque ya no se tratará de una academia enfocada al descubrimiento de lo ignoto sino de una actividad profesional más que ha quedado subordinado a los intereses del gran capital trasnacional. En cambio, si su accionar respeta la naturaleza prístina de la procuración del conocimiento, si no la condiciona a partir de marcos limitados y reduccionistas, podrá conservar su potencial para encauzar el esfuerzo de la especie hacia el perfeccionamiento de sus disposiciones intelectuales y espirituales a partir de la comprensión de las múltiples expresiones de lo real. Una expectativa con mucho más noble, deseable y digna de ser vivenciada.

En el mundo académico existen actores que a título individual, grupal o institucional, se mueven en uno u otro de los sentidos referidos. Hacía una u otra manera de entender y practicar la academia. Hay quienes se inclinan por manejarla como un negocio destinado a la obtención de riqueza. Pero también existen otros que, desde una perspectiva humanista, la conciben como una incubadora de realización existencial a través de una mística de servicio. Cuando se presenta el primer caso, evidentemente es porque se ha pasado por alto que el sentido común nos previene que no es sensato trastocar el significado intrínseco de las cosas. Siguiendo esa lógica, dado que el sistema educativo es el medio histórico que el hombre ha creado para satisfacer su necesidad de saber, no habría que alterar esa función original. Ciertamente en otras áreas o aspectos puede ser conveniente la innovación, pero en la esfera académica no puede justificarse. Ya que el costo de hacerlo es demasiado considerable. Es el de la pérdida de rumbo que lleva a una condición caótica y deshumanizada impuesta por el afán de la ganancia económica.

Otro elemento pernicioso relacionado con el manejo mercantilista del quehacer educativo realizado en las instituciones académicas es su incidencia en la posibilidad de acceder, o no, a un nivel de preparación formal. Mismo que refleja una situación de diferenciación social con toda su carga negativa en términos de exclusión, opresión y dominio (Añón, 2001:25). Dado que dicha diferenciación usualmente es establecida por los sectores de la sociedad interesados en ejercer una posición de privilegio y autoridad respecto de la población general. Para ese fin, lo educativo se utiliza como un elemento definitorio de un *nosotros* y un *ustedes* soportado en la adquisición de determinados títulos académicos.

Sin embargo, es evidente la incongruencia inherente a la utilización del nivel de educación como referente de diferenciación social. Puesto que, en estricto sentido, el mismo no puede equipararse automáticamente con el conocimiento que efectivamente se ha adquirido. Hay sujetos con un gran conocimiento que carecen de estudios institucionales, y por contraste, existen casos de individuos con altas acreditaciones académicas cuyo desempeño intelectual no es congruente con las mismas. De ahí que lo que está operando en este caso es más propiamente una sobre representación de la academia destinada a la legitimación de una condición de violencia social. Ello incrementa las desigualdades existentes entre los países con mayores recursos económicos y los que menos tienen (Nussbaum, 2007:227). En tal escenario, se le está dando poder a la academia para consolidar el ascendiente de los poderosos por un efecto de boomerang, o si se prefiere la expresión, de traslación pendular. Con ello, se despoja a la actividad académica de su facultad de transformar al individuo mediante la dotación del discernimiento que le permita comprender los procesos sociales y naturales, y lo que es más relevante, se le quita el rol que tendría que desempeñar en la procuración del mayor bienestar común posible.

Con base en lo analizado, es palmario que la academia no puede permitirse aceptar otro poder que no sea el que le confiere la congruencia con su vocación y su misión naturales, lo que, sustancialmente, implica privilegiar una política de puertas abiertas y acceso indiscriminado sin más limitaciones que las impuestas por el ritmo de asimilación cognitiva personal. Ya que la privatización del conocimiento como medio de exclusión a partir del establecimiento artificioso de una situación privilegiada fundada en el acceso restrictivo a la educación públicamente reconocida, connota una injustificada apropiación elitista de un bien común. Puesto que, como todo lo privado, se apoya en una dinámica de evicción. Por medio de lo cual se sustrae a otros de la posesión y usufructo de algo socialmente deseable y benéfico dada su utilidad y valorización social. Como resultado de esas características, la “exclusión educativa” se agrega a otras formas de exclusión semejantes como lo son la carencia de empleo, vivienda o salud (López-Aranguren, 2005:200).

Un aspecto que hace particularmente cuestionable dicha exclusión es que se inspira en un sentido no objetivo de superioridad como premisa de la interacción humana. Considerando, como se adujo previamente, que no hay una

relación directa entre la acreditación académica y la aptitud intelectual. Siendo altamente improbable que una interacción de ese orden pueda servir de puntal de una organización social equitativa y solidaria. Opuestamente, lo que puede propiciar es un mundo en permanente escisión y conflicto. Hacia ese orden de sucesos son jalados cada vez de manera más amplia los aparentes representantes de la academia que se hacen eco del paradigma faccionalista promovido por el capitalismo. Uno de privilegiados y expulsados en el que lo sustancial es el beneficio particular al margen de cualquier otro interés o consideración, una forma de proceder que es insostenible en el largo plazo dado su carácter de fuente de desestabilización y conflictividad social.

Los elementos analizados apuntan hacia un mismo norte, tienen una misma significación neurálgica. La privatización de la educación se encuentra en una línea de fuerza tangencialmente opuesta a cualquier iniciativa tendiente al equilibrio en la distribución de los bienes públicos. En esas condiciones, no puede esperarse un escenario colectivo alentador. Ya que al privilegiarse lo particular antes que el conjunto debido al privilegiamiento de lo económico como eje de la sociedad tal como si la complejidad del hombre pudiera reducirse a un mero intercambio de bienes y servicios-, el resultado es un sistema incapaz de integrar al ser humano en sus diferentes facetas y de procurar su plenitud existencial. Consecuentemente, lo que se tiene es un sujeto sin opciones, enajenado por una ideología y una práctica que todo lo visualiza y maneja como un producto con valor de cambio. Únicamente apto para interactuar dentro de circuitos mercantiles pero incapacitado para alcanzar su cometido vocacional esencial, de ahí que los efectos asociados a la privatización de la educación implican un obstáculo para la satisfacción del ansia humana de conocimiento. Dado que en un escenario de privatización, la instrucción disponible en los espacios de la academia queda encapsulada y reducida a retales específicos de discernimiento al servicio del capital, cuya lógica e influjo se hegemonizan y acaparan las acciones y las interacciones humanas.

Por otra parte, si de suyo el anhelo y necesidad de encontrar orden, entender, saber y explicar, difícilmente pueden ser atendidos a partir de un único modelo de conocimiento, esa incapacidad se acrecienta aún más si el mismo se cercena a partir del encasillamiento en un propósito particular como es el caso de la privatización de la educación. Es como intentar contener toda el agua de la mar en la oquedad de una mano. Seguramente tal hecho no es desconocido para los promotores de dicho propósito, pero éste es minimizado o abiertamente desatendido debido a la priorización del interés económico que prevalece en la educación pagada. En ese tenor contextual, lo más relevante no es el qué –el conocimiento– sino la utilización que se hace del mismo –la reproducción del sistema capitalista–. Es decir, lo que se considera más relevante no es el manejo del conocimiento como un fin en sí mismo sino como medio para lograr otro objetivo muy distinto.

Ahora bien, el exclusivismo en la educación no solamente responde a una iniciativa de los grupos más poderosos que operan a nivel nacional y transnacional, sino que además, requiere la participación del Estado en sus distintos niveles de instrumentación. En esa conjunción se mantiene la posición dominante de los beneficiados del capitalismo, la cual, es instituida y preservada a partir de un orden de cosas socialmente inequitativo (Cortés, 2007:42). Disposición que se articula con un contexto restrictivo en el que ningún constructo social puede desenvolverse libremente en tanto que está siendo constantemente presionado a adaptarse a lo que el sistema requiere para su reproducción. Así, deviene la organización social en una mera caja de resonancia de la difusión monotonal que recibe del sistema económico. Sin presencias auténticas. Sin esencias que la orienten y justifiquen. En realidad, un panorama demasiado pobre e insatisfactorio como para ser el rasero de la existencia individual o colectiva.

Para revertir el escenario descrito, la educación impartida desde la academia ha de dirigirse hacia una pulsión diametralmente opuesta. Trocar su penosa función de comparsa por el de instrumento propiciatorio de la distribución equitativa del conocimiento. Ello implica hacer efectivo el derecho a la instrucción educativa a fin de que el mismo no dependa, en ningún sentido ni bajo ningún criterio de los recursos económicos que posea cada persona. En esa medida, se tendrá también una mejor distribución de las posiciones laborales con mayores remuneraciones dado que las mismas están directamente asociadas a la preparación alcanzada en el plano educativo (Barry, 2001:375). Con tal escenario se tendrían más posibilidades de aminorar las tensiones y problemáticas sociales producidas por las prácticas de exclusión ejercidas hacia los sectores poblacionales marginales. No es una razón menor para hacerlo. No obstante, penosamente los poderes fácticos requieren más que eso para apoyar una iniciativa que

afecte sus intereses, por lo que solamente una notable presión social tendría el peso específico suficiente para revertir los intensos vientos de privatización que soplan en el horizonte de la academia, los cuales, colocan en riesgo creciente su desenvolvimiento como entidad autónoma y socialmente benéfica.

Predominio de la tecnología y retraimiento del humanismo

Como suele suceder en cada uno de los constructos sociales presentes en el espacio público, la academia se ve afectada por más de una propensión. Así, una vez habiéndose tratado la incidencia en ella de la inercia privatizadora, en el presente apartado se examinará otro aspecto que también tiene implicaciones considerables en la definición del sentido del quehacer académico. Mismo que se origina a partir de que en el perfil educativo promovido desde dicho ejercicio profesional se observa una prevalencia de la dotación de conocimientos tecnológicos como eje de la enseñanza aprendizaje, al tiempo que se deja de lado la atención al crecimiento de la persona a través de su formación humana, lo cual, constituye un viraje radical con consecuencias profundas respecto de la formación del ser humano. Ya que se trata de una mentalidad que tiene como antecedente el pensamiento cartesiano de René Descartes, un pilar nodal del actual modelo científico, dicho pensamiento se basa más en el *cogito*, en el yo pienso, que en la “doctrina del ser”, prioridad de la tradición humanista (Grassi, 2015:86, 88). En el fondo, no es sino la opción por el acto racional como foco de legitimación de la realidad, esto es, como cedazo por el que han de pasar necesariamente la interpretación y la explicación para que sean estimadas como razonables y validas.

Sobre ese contexto de ideas, no es fortuito que el saber tecnológico esté ganando cada vez más terreno en los recintos académicos, puesto que los conocimientos vinculados a una técnica se tienen como los únicos fiables y exactos –al menos eso se conjetura–. El punto cuestionable del tema es que así se incurre en un privilegiamiento reduccionista partiendo de la premisa de que el conocimiento que puede adquirir el hombre es un universo sumamente heterogéneo y complejo. Por tanto, y haciendo uso del sentido común, se desprende que ningún enfoque es capaz por sí solo de abarcarlo en toda su amplitud y diversidad por más aparentemente sólidos que sean sus principios, ya que el discernimiento de lo complejo solamente puede darse con la participación de todos los recursos cognitivos y de la concurrencia de todas las perspectivas analíticas. Y aún con ello, esto solamente se conseguirá en forma progresiva y parcial. No obstante, a contrapelo de la referida necesidad de conjunción antes que de la segmentación y la exclusividad, el enfoque humanista está siendo relegado de la curricula académica en proporción directa a la adopción de la tecnología como eje nuclear de la eficiencia y la objetividad. Ello, paradójicamente, como si hubiera una ineludible disyunción entre el valor de la técnica y el humanismo fundamentado en la tendencia humana al perfeccionamiento y a la plenitud (Llano, 2001:37), una aspiración que ha sido relegada en los recintos académicos, como si la misma pudiera afectar la imparcialidad del conocimiento obtenido. Haciendo parecer que no es posible ofertar una enseñanza aprendizaje que contemple la formación orgánica y sistemática del hombre en todas sus dimensiones, en donde lo tecnológico y lo humano se complementen y fortalezcan mutuamente.

En lo personal, estimo que se trata de una falsa disyuntiva puesto que no hay una razón para tener que optar por una cosa u otra. En el entendido de que el hombre no tiene que competir con sus propias creaciones, ni mucho menos dejarse controlar por ellas, sino que la tecnología ha de estar al servicio del hombre, a manera de extensión colaborativa, sin imponerle al mismo una concepción roma de la realidad. Eso sería rebajar la dignidad esencial y las enormes facultades espirituales e intelectuales del hombre. De lo que se deduce que si bien el hombre tiene la oportunidad de construir un mundo organizado en torno a los avances tecnológicos, en ese mundo no se debe descartar el sentido humano, ya que al hacerlo, ese mundo termina volviéndose contra su propio creador al empobrecer su perspectiva de la realidad y sesgando su consiguiente accionar.

En las condiciones descritas, dentro del ámbito de lo académico y del grupo social que lo integra, no podrá explotar todo el potencial creativo y benéfico inherente a dicho campo de acción al no contarse con una perspectiva integral e integradora. Quienes ejercen algún tipo de participación en relación a la vida de la academia tendrían que tener conciencia de ello si han de ser consecuentes con el liderazgo social que se espera de la misma. Una en la que el hombre no cometa el desacierto de mutilarse a sí mismo con base en la intencionalidad de dirigir su vida a partir de la tecnología, ya que ésta resulta insuficiente para sustentar la vida humana.

Un aspecto adicional a considerar es que el mundo académico, al ser el referente por antonomasia del conocimiento científico, al igual que éste, tiene una vocación universal, lo que equivale a decir, de apertura, así, nada que lo constriña puede serle aceptable ni ondear sus estandartes entre sus filas. La tecnología tiene una notable e incuestionable utilidad para la mejora de las condiciones materiales de la existencia, empero, la realidad vital del hombre no se circunscribe a esa faceta, sino que tiene muchas más bifurcaciones y exigencias en correspondencia con la complejidad de su naturaleza, de hecho la más compleja que hay. De ahí que sea el único ser al cual su intelecto le ha permitido descubrir las múltiples variables existentes e interrelacionadas en el funcionamiento tanto del universo que le circunda como del universo que vibra en su interior. ¿A un sistema vital con esa capacidad cómo podría serle suficiente el conocimiento tecnológico para interactuar e interpretar la realidad? Es virtualmente imposible dado que sería tanto como pretender calmar una sed inmensa con una sola gota de agua.

La consideración de que el formalismo lógico y la estructuración matemática son medios eficaces para comprender al hombre (Levinas, 1993:114), en cierto modo, es un intento de mermar la complejidad inherente a la especie y de suscitar un ordenamiento que permita tener cierto control sobre sus ingentes posibilidades de manifestación. Pero ningún enfoque parcial puede sostenerse a largo plazo a partir de la negación de la pluralidad de expresiones y necesidades, por ser precisamente ésta la que abre paso a otras elecciones, a otros trazos de discernimiento, y a otras propagaciones y sostenimientos de la vida. Dicha tendencia al control también podría ser el reflejo de un cierto recelo hacia lo distinto, lo que, precisamente por serlo, no se pliega espontáneamente a la homogeneidad y serialidad prevaletentes, al tener sus propias

vetas a través de las cuales transita su esencia distintiva e irrepetible. Un recelo que abonaría a la discriminación en sus múltiples facetas y magnitudes que ve en el individuo con el que no se comparte algún elemento de identificación a un otro, a un extraño hacia el que se muestra indiferencia, en la menos negativa de sus manifestaciones, o a un enemigo al que hay que combatir, en la menos deseable y lamentable.

El humanismo aspira a una condición de existencia no coercionada, y por ende, más libre y auténtica, al procurar que el hombre se mantenga coherente consigo mismo mediante la internalización de la principal característica de su naturaleza: el libre albedrío. Ya que esa libertad de elección es la que permite llevar los dones personales a su pleno desarrollo, esto es, lo contrario de la limitación típica de las disposiciones exclusivistas y limitantes, justo como ocurre con la sistematización racionalista en la que se finca el paradigma tecnológico, cuya promoción se apoya en un sistema de ideas que coloca el bienestar material como razón de la existencia a manera de mistificación introyectada (Gabel, 1973:59), creadora de la base de aceptación necesaria para que un orden social impuesto no aparezca abiertamente como tal. Lo que espontáneamente haría surgir brotes de inconformidad puesto que lo obligatorio cala directamente en el ejercicio del libre albedrío, y por ello, produce un rechazo innato y radical.

Es sostenible asentar que el sistema de ideas materialista que antepone la tecnología en la academia conlleva tácitamente un efecto nocivo, ya que al entrar en escena ese sustrato ideológico se sobreviene inevitablemente la preeminencia del interés económico, tendencia impulsada por el modelo político y económico neoliberal desde la década de los ochenta (Baschet, 2015:27). Con ello, una acción particular, la implementación de un modelo cognitivo exclusivo, solo puede entenderse a partir de su conexión con el contexto mayor en el que tiene lugar, este es, el manejo de una mentalidad capitalista apoyada en un sistema neoliberal como norma de interacción social. En donde la institución educativa se proyecta hacia el lucro, el mismo venero motivacional observado en la tendencia a la privatización. No es sorprendente. Diríase que se trata de dos ramas del mismo tronco. O de variables coincidentes a partir de que comparten un principio común que confiere más relevancia a lo que se tiene –aunque solo sea superficialmente– que a lo que se es íntima y connaturalmente.

El deseo de gobernarlo todo, incluido el medio ambiente, a través del uso de la técnica, se ubica en clara correspondencia con la actitud que da primacía al tener. Ello plantea el serio dilema de que la tecnologización excesiva puede llevar al punto de subyugar al hombre hasta transformarlo en otro (Iglesias, 2003:160). Y lo medular no estriba en ese cambio sino en que el mismo implica un retroceso y una sujeción que lejos de abonar a la mejora del ser lesionan su dignidad y su estado originario de libertad. Es pues, un cambio no deseable producto del abuso de algo que es en sí mismo positivo. Es el hacer de la herramienta tecnológica, que ha de estar al servicio del hombre, un grillete y una dictadura, en la medida en que se convierte en el centro de su actividad cotidiana. En ese sentido, a guisa de ejemplo, el exceso en el uso del amplio abanico de dispositivos de comunicación disponibles actualmente propicia la falta de capacidad o interés en la socialización personalizada, al preferirse la comunicación indirecta realizada a través de la vía tecnológica en lugar del contacto humano directo, un fenómeno que en última instancia promueve la sustitución de la realidad por una realidad alternativa virtual o ficcional.

Adicionalmente habría que plantear que si bien la tecnología puede estar apoyada en un esquema mental objetivo y racional, eso no exime la posibilidad de que la misma produzca comportamientos irracionales, como podría definirse el uso abusivo de la misma hasta el grado de ser perjudicial para el individuo en la medida que lo pone en una condición de aislamiento a consecuencia de la preferencia por una socialización aparente que puede ser catalogada como una alienación de la realidad. Una alienación culturalmente inducida e históricamente específica, ya que la alienación no es una condición humana universal (Lukács, 2013:27). Misma que, como se refirió, es producto de la pérdida de sentido y ubicación. En la que el hombre ya no se reconoce como un ser emancipado y termina por ceder gradual e inconscientemente su posición protagónica, en este caso, a la tecnología. Como resultado de esa circunstancia, el foco de atención se desplaza de lo humano a lo no humano, que sigue siéndolo al margen de ser obra de lo humano.

La academia es un referente de la cultura global demasiado importante, no solamente por su función en el campo de la trasmisión del conocimiento, sino, sobre todo, por su importancia como productora del mismo, y en ambos sentidos, su acción tiene que estar dirigida hacia la procuración del bienestar de la especie antrópica y del medio

ambiente en general. De ahí que éticamente no sea lícito fortalecer una tendencia exclusivista en el entorno académico, sobre todo si concebimos al hombre como un complejísimo sistema de sistemas en el que se encuentran concernidos lo fisiológico, lo sensorial, lo emocional, lo cognitivo, y un amplísimo etcétera, no siendo razonable pretender tratarlo como un ente reducible a una vivencialidad que empieza y termina en la interacción con un solo aspecto de la realidad como es el caso de la tecnología, porque ni ésta ni ninguna otra experiencia aislada es capaz de satisfacer las necesidades inherentes a las distintas dimensiones de lo humano. El sistema viviente con mayores facultades, por lo cual, análogamente, es el que más requerimientos tiene para lograr un estado de equilibrio mental y emocional.

En las condiciones descritas, antes que privilegiar la tecnologización del hombre, se tendría que proponer la humanización de la tecnología, lo que significa utilizarla no como un sustituto de la interacción humana real sino como un complemento que permita eficientarlas y mejorarlas. En esa alianza la innovación tecnológica cumpliría a cabalidad la premisa humanista de perfeccionamiento del ser a partir de la sana concurrencia de las construcciones culturales que se incorporen favorablemente a las capacidades naturales, de esa forma se lograría conjurar “el espectro de lo superfluo” (Bauman, 2013:28), de aquello que por ser vacío no abona a la vida ni a la dignificación de la misma.

Conclusiones

Al final del análisis efectuado sobresale el apremio de que la academia no deje de ser un caso aparte en el panorama colectivo, ello implica salvar los riesgos que se ciernen sobre ella mediante la reorientación de su práctica profesional a través de una vuelta a sus orígenes, a su raíz matricial, esto es, a su sentido de servicio. Un servicio llevado a cabo en el mundo pero al margen del patrón económico capitalista que lo gobierna, dado que la interacción humana no debe quedar recluida dentro de una priorización de lo económico puesto que ésta ha de configurarse y consolidarse a partir de muchos más elementos para que sea satisfactorias y estimulantes. Esa es la razón total por la cual el desempeño académico está impelido a conservar su función de contrapunto respecto del interés económico. Para la consecución de esa premisa, el académico requiere formular y encarnar una forma de pensar y de estar en el mundo en donde la adquisición de conocimiento sea el ideal de un modo alternativo de vida, según un conocimiento no acumulativo y utilizable solamente en provecho de quien lo posee sino también para el de la colectividad, ello a fin de evitar un egocentrismo nocivo y auto destructivo.

El ejercicio de un actividad académica independiente del esquema capitalista predominante es tan necesaria que, de no verificarse, se pierde un espacio fundamental de libertad, exploración, reflexión, creatividad y de respuesta a la inagotable avidez de saber intrínseca al ser humano que le mueve a discernir las causas de aquello que observa, imagina o intuye. Todo ello en entre juego, en tensión y distensión. Esa es la medida del valor de la atipicidad de la academia y del grupo social que la conforma, de su rareza de la que depende en porción notable el impulso de las aspiraciones humanas más nobles, valiosas y fundamentales. Porque esa atipicidad adecuadamente encauzada abre cauces complementarios al interés económico oxigenando saludablemente el entorno social. Deviendo en un aparente contrasentido que en realidad permite apreciar un sentido superior, tomando en consideración que es mejor entender más que poseer más, en el entendido de que el aprendizaje efectivamente interiorizado es lo único que nos pertenece. Cualquier otra modalidad de posesión es relativa, efímera y circunstancial.

Sí, como ya lo anuncia el título del presente artículo, la academia es una cosa rara y atípica. Y en ello, como se ha intentado exponer, existen motivos de peso para que deba ser así, dado que la sociedad opera como un mecanismo que fácilmente se desajusta. Los procesos que maniobran y se entrecruzan en al interior de la misma presentan divergencias que se traducen en distintos nodos de conflicto de menor o mayor magnitud y repercusión. El hecho académico se encuentra en medio de uno de los más significativos, aquel que se suscita a partir de una disyuntiva, la constitución del hombre como un ente destinado al consumo capitalista y a la enajenación tecnológica, o bien, como una singularidad compleja, perfectible y auto determinada. Si se elige la primera opción, entonces la academia no tiene mucho que hacer, simplemente ha de conducirse dócilmente como una maquinaria de reproducción del capital humano necesario para la sobrevivencia de los requerimientos consumistas del capitalismo, pero si se elige lo segundo, entonces tendrá que erigirse en un parámetro de la progresiva realización humana.

La disyuntiva perfilada contiene un serio desafío que implica en última instancia una toma de decisión respecto del cual cada uno de los afiliados a la academia tiene la última palabra. Se trata de elegir si se actúa como mediador del capital o se asume la especial vocación al servicio inherente a su profesión. En el fondo todo depende de las pulsiones interiores latentes en cada académico, de su estado de atipicidad. Eso es lo que determina su aptitud, o no, para crear conductos emergentes por los que circule la savia de la incursión en los territorios profundos del conocimiento. Una aptitud que es una cosa tan rara, y al mismo tiempo tan deseable, que, de no existir, habría que inventarla, tomando en cuenta los múltiples efectos positivos que se desprenden de ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Añón, José María. (2001). *Igualdad, Diferencias y Desigualdades*. México, D. F.: Distribuciones Fontamara.
- Barry, Brian. *TEORÍAS de la JUSTICIA*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Baschet, Jérôme. (2015). *ADIÓS AL CAPITALISMO. Autonomía, sociedad del buen vivir, y multiplicidad de mundos*. Ned Ediciones, España.
- Bauman, Zygmunt. (2013). *Sobre la educación en un mundo líquido*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Belsasso, Bibiana & Jorge Fernández Menéndez. (2012). *LA ÉLITE Y LA RAZA. LA PRIVATIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN*. Santillana Ediciones, México, D. F.
- Brunet Icart, Ignasi & Altaba Dolz. (2010). *Reformas educativas y sociedad de mercado*. Barcelona: Laertes Ediciones.
- Cortés Rodas, Francisco. (2007). *Justicia y exclusión*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquía.
- Gabel, Joseph. (1973). *Sociología de la alienación*. Buenos Aires: Amorrurru Editores.
- García Gómez-Heras, José María. (1989). *El apriori del mundo de la vida. Fundamentación metodológica de una ética de la ciencia y de la técnica*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Grassi, Ernesto. (2015) *Retórica como filosofía. La tradición humanista*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Iglesias, Leonardo. (2003). *LA ALIENACIÓN. Tragedia de la voluntad de poder*. España: Editorial Montesinos.
- Levinas, Emmanuel. (1993). *HUMANISMO del otro hombre*. México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Llano Cifuentes, Carlos. (2001). *NUDOS DEL HUMANISMO en los albores del siglo XXI*. México, D. F.: Grupo Patria cultural.
- López-Aranguren, Eduardo. *Problemas sociales. Desigualdad, pobreza, exclusión social*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Lukács, György. (2013). *Ontología del ser social*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones.
- Nagel, Thomas. (2004). *La posibilidad del altruismo*. México, D. F.: F. C. E.
- Naranjo, Claudio. (2016). *Cambiar la educación para cambiar el mundo*. Ediciones La Llave, Barcelona.
- Nussbaum, Martha C. (2007). *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Siguan, Miguel. (1982). *Educación y sociedad*. Ediciones CEAC, Barcelona.
- Sober, Elliot & Sloan Wilson, David (2000). *El comportamiento altruista. Evolución y psicología*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Taylor, Charles. (1994). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Torrance, Robert M. (2006). *La búsqueda espiritual. La trascendencia en el universo, la religión y la ciencia*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Van Dijk, Teun. (2003). *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Editorial Gedisa.

